

## EL PARAÍSO PERDIDO

Todo el tema del pecado original, de ese dogma en que se inscribe uno de los más grandes misterios del hombre y de la vida, está marcado con el sello de la verdad más profunda. Lo que cada quien encuentra en él es su propio drama, su esperanza, su temor, su destino. Adán y Eva vivían en el “jardín de las delicias”, entre árboles “bellos de ver y buenos para comer”, en familiaridad con los animales a quienes el hombre había dado nombres, lo que significa, según la concepción antigua, que dependían de él y, “desnudos enfrente el uno del otro sin tener vergüenza por ello, no conocían, tanto en la naturaleza como en ellos mismos, sino la paz. Así vaga en cada uno de nosotros, ese gran sueño de gran tiempo virgen, más bello y más puro que el nuestro, donde cada uno viviría en un mundo reconciliado, donde nada se destruiría ni por enfermedad ni por muerte, ese sueño del paraíso que tantos pintores han intentado materializar y que obsede eternamente a los poetas –a un Dante, un Milton o un Rembrant-.

El estado de inocencia desaparece por la culpa del hombre. En medio del jardín estaban plantados árboles de nombre admirable –árbol de la vida, árbol del conocimiento del bien y del mal. Dios había prohibido tocar el árbol del conocimiento. El episodio es demasiado célebre para que se insista en él: bajo la imagen de la serpiente, como bajo todo el relato de la tentación de Eva, lo que se discierne es una gran realidad del hombre: el pecado. Ahí donde éste penetra, parece que algo se corrompe, se marchita; que una ausencia se establece, que una fuerza de disgregación entra en juego y hace pensar en la muerte. Tema tan profundamente humano que numerosas civilizaciones lo han conocido bajo diferente forma. Constituye la base del dualismo de Irán, una de las expresiones del antiguo pensamiento de los arios donde la vida se presenta como un combate entre el dios del bien y el dios del mal, entre los cuales el hombre incesantemente debe elegir. En Egipto, *el Libro de los Muertos* estaba totalmente impregnado de concepciones análogas; el difunto que se presenta al juicio declara rechazar la “mancha maternal” y grita: “¡Corazón de mi nacimiento, corazón que yo tenía sobre la tierra, no te levantes en testimonio contra mí ante las potencias divinas; no me abrumes!”. “El acusador del hombre, el que lo expulsa del paraíso, es –al mismo tiempo que Dios- su propio corazón que sabe mejor que nadie su falta y su miseria. Adán y Eva expulsados del paraíso son, en estos lejanos orígenes de la tradición occidental, la imagen dramática de la condición humana”.

Desde entonces, todo se disloca. La paz paradisiaca se ha roto. Eva “tuvo un hombre con la ayuda de Dios”; dos hijos, uno después de otro, le nacieron. El atentado de Caín contra Abel es el primer síntoma de este estado de discordia en que la humanidad se encuentra desde la caída, la primera de las guerras. Se reflejan en él las luchas que enfrentan a pastores y sedentarios. Pueblo de nómadas, los hebreos dan su preferencia al pastor Abel sobre el agricultor Caín. Dios acoge las primicias de uno y desdeña las del otro. También ha surgido la pregunta de si no será preciso ver en este pasaje una alusión a los conflictos provocados en los tiempos neolíticos por la aparición de las armas de metal: porque los descendientes de Caín fueron herreros, y existen todavía en el desierto de Siria tribus forjadores de armas, a los que se tiene aparte, más o menos sospechosos de magia negra.

De Caín y de Set, el hijo “sustituto” de Abel, hace descender la Biblia la raza humana. Aparece aquí uno de los más curiosos puntos de contacto con las antiguas tradiciones babilónicas. Los primeros hombres son representados gozando del beneficio de una longevidad muy superior a la que se observa en nuestros días. El tiempo de vida de Adán fue de novecientos treinta años; el de Caín de novecientos diez; el de Mahalalel de ochocientos noventa años, y así sucesivamente hasta Noé; con un récord, el de Matusalén, que vivió novecientos setenta y nueve años. Desde que el relato del Diluvio interrumpe el curso normal del desenvolvimiento humano y a partir de la nueva genealogía nacida de Noé, la longevidad será menos grande y decreciente: seiscientos años para Sem, doscientos cinco años para Téráj.

Ahí hay ciertamente una intención. El narrador ha querido sugerir una pérdida de fuerza en la humanidad. Tener una vida muy larga parece el signo de que se tiene la protección de Dios; también los Patriarcas tendrán una vida que sobrepasa los cien años. Y es curioso constatar que en la tradición mesopotámica se encuentra una intención totalmente parecida.